

*"Perfeccionándonos
en el Amor"*

© 2019 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: mayo 2019

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010519-038

“Perfeccionándonos En El Amor”

El conocimiento de Dios, indudablemente, nos llevará a la experiencia de la comunión. Si alguien ha conocido al Señor Jesucristo genuinamente, el Espíritu que mora en su interior lo hará tener comunión con Dios y con los santos, sea que tenga o no el conocimiento bíblico, ya que esto es un principio de Vida. Pueda que alguien nunca haya leído la Biblia, ni que se sepa muchos cantos, pero eso no quitará que tal persona tenga una inclinación a estar en comunión con los hermanos, si verdaderamente ha nacido de nuevo.

S

E

M

A

N

A

—

1

—

Dice:

1 Juan 1:1 “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida. v:2 (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); v:3 lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo”.

El apóstol Juan les está evidenciando a los hermanos que ellos tuvieron un encuentro genuino y real con el Verbo hecho carne, y a causa de ello empezaron a proclamar el Evangelio del Señor Jesucristo, y además, su inclinación fue establecer comunión con los santos y las Iglesias; esta experiencia debe ser la misma en todo creyente. Si verdaderamente alguien ha recibido a

Cristo, debe tener comunión con los hermanos.

En este tiempo hay muchos que creen en Cristo, pero no se ven invitados a tener comunión con los hermanos, debido a los círculos religiosos plagados con engaño e hipocresía. Los ambientes religiosos, y la forma institucional en la que se ha establecido la Iglesia hoy en día, invita a los creyentes a acercarse a la Iglesia tal como cuando vamos al cine, sólo a ver una película, y luego cada quién se va por su lado. Exactamente así es lo que propone la religión hoy en día, muchos van a la Iglesia, escuchan un conjunto musical, luego oyen una prédica motivacional, y al final cada quien toma su propio camino, nadie le da la debida importancia a la comunión con los hermanos. Esta propuesta religiosa ha cercenado una parte vital en la naturaleza del creyente, ya que es imposible que la Vida divina se conserve fuera de la comunión con los santos.

Si nosotros nos tomáramos una media hora para leer de corrido la primera carta del apóstol Juan, nos daríamos cuenta que es incongruente pensar en un creyente que no se mantenga en comunión con sus hermanos. Sólo al leer bien estos versos, pudiéramos saber que alguien que no tiene comunión con el Cuerpo de Cristo no ha nacido de nuevo, y aún más, es un anticristo. Para el apóstol Juan ningún creyente normal puede tener comunión con Dios si no tiene comunión con su prójimo. Dice *1 Juan 4:21* “*Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano*”. El apóstol Juan apela a que, intuitivamente, busquemos la comunión con nuestros hermanos, esto debe ser normal si hemos nacido de nuevo.

Si nos encontramos en una etapa en la cual no tenemos comunión con nuestros

hermanos, o ésta es sumamente limitada a las reuniones de Iglesia, es tiempo de reconocer que estamos enfermos, estamos deteriorados interiormente, y urge reparar esta área de nuestra vida, de lo contrario, no tendremos parte en la venida de nuestro Señor Jesucristo. Esto lo dice claramente *1 Juan 2:28* “*Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados*”. Si hilvanamos este versículo al contexto de los primeros dos capítulos, nos damos cuenta que Juan está hablando sobre la restauración de la comunión entre los hermanos. Cada vez que el apóstol Juan dice que permanezcamos en Él, se refiere a estar en comunión con nuestros hermanos. Permanecer en Él es estar en la esfera del Cuerpo de Cristo, es decir, permanecer en la Iglesia. Quiere decir que la concepción de Dios en cuanto a sus hijos es que todo aquel que conoce al Verbo de Vida debe establecer

comuni3n con sus hermanos. Si alguien no procura la comuni3n con los santos, se est1 arriesgando grandemente para el d1a en que Cristo venga, esa actitud lo puede reprobamos delante del Tribunal de Cristo.

El primer paso que debemos dar como creyentes, es que si hemos conocido al Se1or, tengamos comuni3n con nuestros hermanos; el efecto de la Vida divina en nosotros es buscar la comuni3n con el Cuerpo de Cristo. *1 Juan 1:7* “*pero si andamos en luz, como 3l est1 en luz, tenemos comuni3n unos con otros...*” Para el ap3stol Juan caminar adecuadamente con Dios es caminar en la luz, y la luz es Dios mismo.

Hay Dos Cosas Básicas Para Caminar Bien Con Dios:

1. Guardar Sus Mandamientos:

Nadie podrá caminar bien con el Señor si no se dispone a vivir acorde a lo que enseña La Escritura. La caminata con Dios es progresiva, debe ir como la luz de la aurora, de aumento en aumento hasta que el día sea perfecto.

2. Amar A Los Hermanos:

El apóstol Juan nos explica en sus cartas, que todo aquel que no camina en justicia, que no se esmera por agradar a Dios en su vivir, y no se santifica, está en tinieblas; pero todo aquel que no ama a sus hermanos, y no tiene comunión con ellos, también está en tinieblas.

S

E

M

A

N

A

—

2

—

Tengamos conciencia que la Vida Eterna no depende de que nosotros guardemos, o no, sus mandamientos, pues, ésta nos ha sido dada de pura gracia; pero el que no se consagra, y no se entrega a la Vida divina está rechazando la oferta que le hace el Señor de perfeccionarlo mediante Su Vida misma. Esta actitud de no responder a la Vida divina nos hace estar en tinieblas, nos aparta de Dios, y al estar en esta condición entramos a una esfera de muerte. Si nosotros respondemos positivamente a Dios, al conocer al Señor buscamos la comunión con Él, la santificación, y luego entramos a la esfera de comunión con los hermanos.

El apóstol Juan primeramente dice que tengamos comunión unos con otros, pero después dice que nos amemos los unos a los otros. Obviamente, primero tenemos que crecer en comunión. No sólo tenemos que saber acerca de la

comuni3n, sino debemos que crecer en ella. La comuni3n es el principio por el cual nos relacionamos los unos con los otros, s3lo que tenemos que crecer en ella al punto que nos lleguemos a amar los unos a los otros. Muchos creyentes saben que tienen que ser responsables en la comuni3n con los hermanos, pero la responsabilidad no los lleva necesariamente a amar a los hermanos. Hay hermanos que asisten a la Iglesia porque saben que es la voluntad de Dios, y con ello quieren agradar a Dios, pero se les olvida el elemento b3sico de amar a los hermanos.

Juan invit3 a los hermanos a que fueran m3s all3 de la comuni3n, les dijo que se amaran los unos a los otros. Si bien es cierto necesitamos una buena actitud para soportarnos, tolerarnos y relacionarnos, el fin de ese camino es que surja el maravilloso fruto de amarnos los unos a los otros. ¿Estamos progresando en la comuni3n con los hermanos? La

mayoría tal vez persevera fielmente en las reuniones, en las convocatorias extraoficiales, pero ¿Estamos progresando interiormente en cuanto a que la comunión trascienda al amor?

Hay hermanos que confunden la comunión con la amistad y el compadrazgo, y no está mal que existan estos lazos fraternos en la Iglesia, sólo que la amistad hay que pagarla carísimamente, por lo tanto, no se puede tener con todos. La amistad es un acuerdo que deciden los hombres, en cambio la comunión es un acuerdo entre Dios y los hombres. A veces creamos en la Iglesia lazos de amistad, pero cuando surgen las fallas humanas, lo primero que hacemos es romper los lazos de amor con todos los hermanos, de modo que dejamos de crecer en amor. Ante estas situaciones la mayoría lo que hace, a lo sumo, es asistir a las reuniones de Iglesia, pero tal comunión no es el fin, ni la meta de Dios, lo que Él quiere es que

nos amemos. Algunos hermanos caen en un estado peor, pues, lejos de incrementar la comunión, con el tiempo lo que hacen es tener menos comunión. Lo normal es que entre más pase el tiempo, más comunión tengamos; sin embargo, a muchos les pasa lo contrario, cada vez se soportan menos, cada vez se frecuentan menos, cada vez son menos fraternales, etc.

Tengamos el cuidado de tratar de crecer en la comunión, porque en esa medida seguramente nos llegaremos a amar los unos a los otros. Que no nos suceda como algunos matrimonios que no se divorcian por los hijos, o por el qué dirán, o por un interés económico, etc. aunque tienen muchos vínculos que los une, les falta lo principal: el amor. Que no nos acontezca esto en la Iglesia, que no tengamos comunión con los hermanos sólo porque sabemos que es lo que el Señor quiere, o porque sabemos

que es nuestra responsabilidad, sino
crezcamos en el amor.

Para Que Nos Amemos Genuinamente Es Necesario Que Nos Consagremos.

La mayoría de los que nos casamos a una edad temprana podremos recordar las deficiencias que teníamos en ese entonces; los varones seguramente teníamos mucha inmadurez, pensábamos más en nosotros mismos que en el cónyuge, en fin, habían muchas faltantes. El problema no son las faltantes que se tienen al inicio del matrimonio, el problema consiste en que pasen diez o quince años y sigamos con la misma inmadurez. No está mal que en la Iglesia empecemos teniendo comunión a través de algún lazo del alma; por ejemplo, no es pecado que empecemos a fomentar la comunión con los hermanos por

S

E

M

A

N

A

—

3

—

causa del fanatismo deportivo, no es pecado que veamos, hablemos, o juguemos al fútbol; el problema será que eso sea lo que nos una todo el tiempo. Tampoco es problema que hablemos de política, o cualquier otro tema en común, el problema surge cuando no crecemos al punto de amarnos.

Una de las razones por las que no crecemos en el amor es porque no consagramos nuestras vidas a Dios. El apóstol Juan nos invita a consagrarnos primeramente para luego poder amarnos. Si deseamos perfeccionarnos en amar a nuestros hermanos, primero, tenemos que solucionar el problema de nuestros pecados.

Dice:

1 Juan 1:5 “Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. v:6 Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en

tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; v:7 pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”.

¿Por qué el apóstol Juan en un contexto de la comunión nos habla de estar limpios de todo pecado? En realidad el v:7 parece estar fuera del tema que Juan viene tratando, pero sólo hasta que leemos toda la carta entendemos porqué el apóstol incluye estos versos que parecen aislados. Un consejo para todos es que leamos las cartas de Juan contextualmente, es decir, si queremos entender por qué nos habla de estar limpios de pecado, leamos toda la carta; y así con cualquier verdad que queramos comprender porque es una carta que se entiende sólo si se lee contextualmente.

Lo que quiso darnos a entender el apóstol Juan es que nadie crece en la

comuni3n con los hermanos, si primero no crece en su santidad y su b3squeda de Dios. En otras palabras, los que no tienen comuni3n con los hermanos es porque no est3n bien en sus vidas. Pueda que algunos tengan una amargura en su coraz3n, pero si no sanan esa herida, tarde o temprano terminar3n mal. Cuando la amargura llega al coraz3n, lo que hacen muchos es caminar la ruta del individualismo, sin embargo, eso no es congruente con la Vida de Dios. Dice Juan 15:6 *“El que en m3 no permanece, ser3 echado fuera como p3mpano, y se secar3”*. As3 como este ejemplo que nos dio el Se1or Jes3s, vemos que nadie puede crecer aislado del Cuerpo, y como dec3amos al principio, el que no tiene comuni3n con los hermanos est3 arriesgando su entrada al Reino de los cielos. Este mensaje es confrontativo, y al parecer lo estamos exagerando demasiado, sin embargo, el ap3stol Juan nos lo dijo claramente.

El Señor Jesús vino a establecer Su Reino por medio de la Iglesia. Dice Colosenses 1:13 “*el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo*”. Y luego, en los versos siguientes: “*en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia...*” (Colosenses 1:15-18). Quiere decir que en Cristo está el Reino pero a la vez, Él también es la cabeza del Cuerpo que es la Iglesia, por lo tanto, la Iglesia y Su Reino son Él mismo. Temamos pues, permanezcamos pegados a nuestra Iglesia local, para que cuando se manifieste Su Reino, en su venida, no nos alejemos de Él avergonzados”.

Es una gran responsabilidad para nosotros crecer en la comunión. Como

ya dijimos anteriormente, no podemos ser amigos de todos, pero sí debemos mantenernos en comunión con todos los hermanos. Dios no nos obliga a estar en todas las celebraciones familiares, o eventos de este tipo, lo que debemos procurar es estar en comunión y crecer cada día en ello. Dios va a juzgar todas las cosas en base a la Iglesia Local, nos guste o no. Al final de la edad presente habrán vencedores, por lo tanto, también habrán derrotados, o “no vencedores”.

Para crecer en la comunión necesitamos consagrarnos al Señor. Si un hermano vive carnalmente, y se enfoca de lleno a vivir mundanamente, cuando quiera tener comunión con un hermano, será sumamente incómodo, no va a saber ni siquiera de qué hablar. ¿Por qué razón? Porque no se ha consagrado. Es lamentable ver la condición de muchos creyentes, que siempre tienen los mismos problemas de carácter, las

mismas mañas, son como vino que nunca ha sido llevado de vasija en vasija, y eso vuelve difícil la comunión. Cuando alguien anda mal con el Señor, se percibe una barrera, hay algo que no nos deja tener comunión con ese hermano. Si queremos tener comunión con los santos, pues, entonces consagrémonos. Si no reparamos el problema de nuestros “pecados” para con Dios, eso nos hará sedentarios, luego vamos a despreciar la comunión con Dios, y no muy tarde no vamos a querer para nada estar en comunión con nuestros hermanos.

Después de la comunión básica, lo demás se paga con consagración. Dice *1 Juan 1:7* “*pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*”. En otras palabras, si la sangre no nos está limpiando, o purificando, no podemos tener comunión con nuestros hermanos. Luego dice *1 Juan 1:8* “*Si decimos*

que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”. Algo que debemos tener presente es que nuestra naturaleza es de bajeza. Si queremos buscar ser purificados, no olvidemos confesar nuestros pecados delante del Señor, por eso dice 1 Juan 1:9 “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. v:10 Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros”. No seamos ligeros ni olvidadizos en cuanto a este asunto de confesar nuestros pecados, esto debe ser parte de nuestro día a día. Hay creyentes que sólo confiesan sus pecados una vez al año, otros que se confiesan sólo cuando se celebra la cena del Señor; esto no debe ser así. Debemos llorar nuestros pecados.

Decimos nuevamente, entonces, si queremos crecer en la comunión

consagrémonos al Señor. Ya dejemos a un lado el carácter individualista que tenemos, ya dejemos de estar amargados en contra de los hermanos, no es normal estar así, eso es un pecado delante de Dios. Si esta es la situación de algunos, pues, tiempo es para confesar este pecado delante de Dios, y buscar que la sangre de Cristo los purifique. Ya seamos libres de esos refugios emocionales de enojo, a causa de la frustración, y la insatisfacción de la vida; si estamos en el tiempo de las vacas flacas, démosle gloria a Dios, pero dejemos de echarle la culpa de ello a los hermanos que nos rodean, ellos no son los culpables de nuestros problemas interiores.

¡Crezcamos, santifiquémonos! Dice 2 Corintios 7:1 “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”. No permitamos que el estilo de vida carnal

se cristalice en nuestras vidas, al punto que con el pasar de los años, mejor los hermanos se acostumbren a soportar nuestra carnalidad, que nosotros cambiar esas áreas afectadas. Hay hermanos que son reconocidos de años en la Iglesia local por alguna de sus áreas afectadas, algunos se han dado a conocer por su tacañería, otros por su enojo, otros porque les gusta ser servidos, otros porque asisten a las reuniones cada quince días, etc. Es cierto, debemos estar dispuestos a soportar las debilidades de los hermanos, y de igual manera los hermanos deben soportarnos; pero procuremos estar delante del Señor día a día deseando ser transformados.

La comunión no va a crecer entre nosotros si no tenemos una altura espiritual, la comunión no va a florecer entre carnales. Este avance que debemos tener es igual a lo que le sucede a los estudiantes, ellos deben ir aprendiendo

ciertas cosas elementales para poder ir ganando grados; si un estudiante nunca aprende las cosas básicas, entre más crezca, más va a hacer el ridículo. Igualmente es en lo espiritual, no puede ser que pasen los años y no hayan cambios elementales. ¿Qué sucede si no cambiamos? Que el amor de Dios se estanca, y tarde o temprano entrará el rencor, los pleitos, las divisiones, y cuando vengamos a sentir la Iglesia local será sólo una entidad religiosa.

Dios es misericordioso, y tanta misericordia tiene de la humanidad, que ya solucionó todos nuestros pecados en la cruz del Calvario. Ahora bien, no creamos que la misericordia de Dios es la licencia para pecar. Dice *1 Juan 3:3* “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro”. Si buscamos ser purificados, entonces, estaremos gestando un nivel de comunión más elevado.

Dejar Un Apego Excesivo Al Mundo.

S
E
M
A
N
A
—
4
—

Si queremos avanzar en la comunión, también debemos abandonar el apego excesivo al mundo. Todos batallamos en nuestra alma con algún apego a las cosas del mundo; para algunos éstos pueden ser las redes sociales, para otros la televisión, para otros el afán por el dinero, para otros la música, para otros la pereza, para los jóvenes puede ser la dedicación extrema a sus estudios, etc. Dice *1 Juan 2:15* “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él”. Según el apóstol Juan, la única manera de amar genuinamente, es la que poseemos a través del amor del Padre. Dice *1 Juan 4:19* “Nosotros le amamos a él,

porque él nos amó primero. v:20 Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? v:21 Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano". Quiere decir que cada uno de nosotros no tenemos la capacidad humana para amar a nuestros hermanos, sin embargo, el amor con el que Dios nos amó, y nos salvó, el cual ha venido a morar en nuestras vidas, es capaz de hacernos amar a nuestros hermanos. El problema surge cuando decidimos apasionarnos por el mundo, ya que esto causa que el amor de Dios no fluya en nuestro interior; y por ende, tampoco podremos amar a los hermanos.

El amor de Dios se evidencia en nuestras vidas de manera proporcional a nuestro desinterés por el mundo. Hay hermanos que son capaces de sacarse sus propios

ojos por los hermanos, pero tal capacidad surge a raíz de estar consagrados para Dios, pero cuando se van al mundo, por más que intenten, ya no pueden amar a los hermanos. En nuestra humanidad, sólo tenemos capacidad de odiar, de envidiar, de juzgar, etc. la única manera de amar a nuestros hermanos es por medio del amor de Dios fluyendo en nosotros, y para ello no debemos tener un apego excesivo al mundo.

La comunión no se trata de qué tanto damos, sino de cómo nos entregamos. No procuremos dar un gran banquete sin consagración, es mejor compartir un refrigerio sencillo, pero bien consagrados, pues, será de mayor bendición. Si nos entregamos a Dios, y le amamos a Él, seguro podremos amar a nuestros hermanos.

El Amor Debe Ir Acompañado De Obras.

Recapitulemos brevemente todo lo que hemos tratado hasta este momento. Para empezar, es necesario que seamos hijos de Dios, pues, sólo Su Vida en nosotros nos habilita para amar a nuestros hermanos; luego, dijimos que debemos tener comunión con los santos, y para ello debemos confesar nuestros pecados, y dejar el apego excesivo al mundo. Cuando esto sucede, entramos a un nivel más elevado de comunión, y este nivel más elevado es el amor. Quiere decir que el amor lo debemos ir perfeccionando, dicho de otra manera, el amor no sólo debe ser una relación, sino una acción. Tal vez algunos han experimentado amar a sus hermanos, pero perfeccionémoslo no sólo por los sentimientos, sino a través de las obras. El amor es un sentimiento divino que se origina en nuestro espíritu, que luego lo expresamos por medio de las funciones

del alma, pero que también debe ir acompañado de obras. Dice *Juan 3:16* “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo...*” En esto consiste el amor, en expresar el sentimiento acompañado de obras; el Padre nos amó, y nos lo expresó “dando” a Su Hijo. Nosotros, por lo tanto, debemos amar junto con una acción.

Dice *1 Juan 3:16* “*En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros...*”. Dios es amor, y además, Él tiene amor. Nosotros podemos dar testimonio de que el Señor es amor, y de cuán grande es Su amor, porque Él puso Su Vida por nosotros, es decir, hizo una acción con la cual podemos constatar Su amor. Amar, por lo tanto, no es sólo decir, o sentir, sino “hacer algo” en favor de nuestro hermano. Por eso sigue diciendo *1 Juan 3:16* “*...también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. v:17 Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano*

tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? v:18 Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad". Las palabras del apóstol Juan son claras; si en algún momento tenemos la oportunidad de hacer algo por nuestro hermano, y no lo hacemos, no podemos decir que tenemos amor. Si queremos perfeccionarnos en el amor, "*No amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad*".

Si amamos esta palabra, la abrazamos, la creemos, y accionamos en ella, podremos irnos perfeccionando en el amor. Confesemos nuestros pecados, abandonemos el apego excesivo al mundo, y acompañemos al amor con obras.